

A CIEN AÑOS DE GABRIELA EN MÉXICO

Senadora Yasna Provoste Campillay

Para mí cobra un hondo significado esta invitación.

Es importante por el momento en que se cursa. También por la conmemoración que la justifica. Desde luego, por Gabriela Mistral, la figura central de esta celebración. Y es importante, por los dos pueblos que la evocan, nuestro México lindo y querido, y Chile, nuestra fértil provincia, que dan cuenta con esta remembranza de los lazos históricos que nos predestinan a caminar juntos.

EL MOMENTO

Este es un momento crucial para Chile. Y lo es para mí como senadora de la república. Lo ha sido en el ejercicio de mi cargo como presidenta de la Cámara Alta, y lo ha sido como candidata presidencial de mi coalición. Nuestro país está próximo a cerrar el proceso constituyente que se precipitó hace mil días, en octubre de 2019, abriendo con ello un cauce político e institucional inédito en nuestra historia.

Por primera vez una convención constituyente elegida por votación popular, con composición paritaria de hombres y mujeres, con participación proporcional de los pueblos originarios, y con representación de los 28 distritos electorales en que se divide el territorio nacional, nos entrega, al cabo de un año de deliberaciones y acuerdos, una propuesta constitucional que estamos llamados a ratificar en las urnas el próximo 4 de septiembre.

Ese día más de quince millones de ciudadanos y ciudadanas inscritos en los registros electorales, deberían concurrir a los lugares de votación para decidir si aprueban o rechazan el proyecto. De ser aprobado el texto, entra a reemplazar a la actual Constitución originada en septiembre de 1980 bajo una dictadura civil militar. De lo contrario, si se rechaza, ésta sin más continuará vigente, lo que entraña un contrasentido porque ocho de cada diez electores se pronunció por cambiarla a través de una constituyente elegida por votación universal y, actualmente, no existe un mecanismo institucional que satisfaga dicha expectativa.

Sin embargo, cualquiera sea el resultado, Chile habrá transitado hacia un nuevo nivel de madurez política. Tras los debates sostenidos, el siglo xx chileno habrá quedado definitivamente atrás, persuadido por una atracción hacia adelante sinsalida de retorno. La sola aspiración a un estado constitucional democrático, plurinacional y social de derecho; de la garantía de derechos económicos, sociales, culturales y ambientales, es un salto irreversible de la conciencia moral y política, admitida incluso hoy por sus principales detractores. Estamos, sin duda, siendo protagonistas de una nueva era, cuyos contornos aún nos resultan imprecisos, pero que nos mueve y convoca.

En un contexto histórico diferente al nuestro, también Gabriela enfrentó un cambio radical de época. Frisaba la edad de Jesucristo cuando hace cien años partió a México. Venía siendo testigo de la gradual y cruenta extinción del régimen oligárquico y de la Constitución de 1833, que le había dado sustento.

Vivió la emergencia solitaria de la clase obrera y de sus luchas, del proletariado urbano y de la miseria de las salitreras. Ese año de 1922 se publicó en Nueva York **Desolación**, libro capital de la literatura latinoamericana según Volodia Teitelboim.

Aún adolescente fue conmovida por la tragedia de la Escuela Santa María de Iquique donde murieron mujeres, hombres, ancianos y niños que pedían vivir una vida mínimamente digna. Alrededor de dos mil víctimas fue el saldo que dejó entonces la represión militar que, en los años siguientes, se acrecentó a fuerza de una violencia institucionalizada destinada a resistir el irrefrenable cambio social.

El escenario internacional, que no le era ajeno, le exhibió los horrores de la Primera Guerra Mundial y las esperanzas cifradas en las revoluciones de México y Rusia. En 1921, la Federación Obrera de Chile ingresaba a la Internacional Sindical Roja y, al año siguiente, cuando Gabriela abandonaba Chile con destino a esta tierra, Luis Emilio Recabarren fundaba el Partido Comunista.

El país atravesaba por una prolongada inestabilidad sanitaria, económica y política. Venía saliendo de la más importante pandemia del siglo pasado, como fue la influenza española que, sólo entre 1918 y 1921, se cobró más de cuarenta mil vidas. La decadencia de la industria del salitre estaba teniendo un efecto inmediato y devastador sobre los ingresos y el valor de las importaciones. El gobierno y el parlamento permanecían insensibles a las nuevas demandas sociales generadas por el cambio estructural de la sociedad y por la incipiente conciencia política. Se agotaba una estrategia de desarrollo y, con ella, el régimen político oligárquico.

2

Por lo que a mi tierra Atacama se refiere, ese año ocurrió uno de los terremotos más destructivos que se conocen. Derribó 4.500 casas y dejó 70 muertos y sobre trescientos heridos en los puertos de Chañaral, Caldera y Huasco, así como en Freirina y Copiapó.

Gabriela nunca fue santa de la devoción de aquella elite oligárquica, de la que el presidente de la época era uno de sus exponentes. «*Hay chilenas más inteligentes y dignas*», respondió en el tono desenfadado que lo caracterizaba cuando se le informó de la invitación de José Vasconcelos a la poeta. Pero es bien cierto que tampoco ella hizo nada por conseguir la aceptación de la aristocracia terrateniente ligada a la emergente burguesía minera industrial. Gabriela era de convicciones firmes, fundadas y acrisoladas por una experiencia de vida junto a los pobres, humildes y desempoderados. Tal vez por ello, las generaciones que protagonizaron las más importantes transformaciones de su tiempo, vieron en ella la luz que iluminaba sus vocaciones políticas.

LA CONMEMORACIÓN

Me emociona que México recuerde a Gabriela a cien años de su testimonio. Agradezco esta generosidad como chilena, como heredera de mi raza, como mujer, como maestra y, ciertamente, como latinoamericana. Porque significa que su trabajo ha tenido resonancia. Porque implica que Gabriela ha trascendido, y con su obra, lo hemos hecho todos nosotros. Y esto es motivo de gratitud hacia quienes elevan nuestro espíritu a lo más alto.

Ella lo sabía.

—*Una labor no solo tiene significación por sí misma, sino por su resonancia*
—escribió. *El radio de contagio que ella cubre revela su fuerza y duplica su valor.*
La obra de José Vasconcelos pertenece a las que han efectuado un verdadero contagio espiritual.

Fue una primera piedra que soportó las edificaciones levantadas durante décadas sobre ella y que capturaron el sentido asignado por cada una de las sucesivas generaciones, que, a su vez, cambiaron el sentido de nuestras propias interpretaciones acerca de la educación, del servicio público y de la belleza del lenguaje. Si la recordamos es porque en realidad es una presencia latente, comprensible por todos nosotros y todas nosotras, contemporáneos de ambos pueblos.

Por eso, podemos desentrañar de las visiones de Gabriela y Vasconcelos, esa esencia que todavía percibimos en nuestras conquistas presentes.

GABRIELA

Cuando Gabriela reflexionaba acerca de los Congresos del Niño —patrocinados por El Universal— y de La Junta Protectora de la Infancia, no existía aún la Declaración Universal de los Derechos Humanos. El Código de la Educación y la Carta de Derechos del Niño, eran sólo intuiciones. Sin embargo, en aquellas aspiraciones palpaba el enfoque de derechos y la consagración constitucional de ellos. Habitaba en los tribunales para niños y en la reforma profunda de las llamadas «casas correccionales». Residía en los relatos de niños hecho por niños para ellos mismos, y especialmente ilustrados. Y en el sueño de instalar cinco mil bibliotecas; una por cada escuela.

Como feminista y sufragista que era, Gabriela destacaba la aparición en México de una nueva carrera para la mujer: la enfermera escolar. Y, literalmente, se preguntaba exitosa al conseguir esta meta «*cuando el feminismo toma posesión de lo suyo, ¿quién puede disputárselo?*».

Pensemos que en ese momento eran inimaginables oficios como conductora de trenes o maestra albañil de la construcción, no así el de la visitadora del hogar, a cargo de la vigilancia del niño en la calle, en los jardines y en el propio hogar, y que, además, por su condición de mujer, podía aconsejar a las madres sin acceso a la educación y fomentar su asociación. Ellas abrieron los surcos para la siembra que otras mujeres habrían de hacer.

Ya hace un siglo se vislumbraba lo que la universalización de la educación y la cultura están consiguiendo. El tiempo en que prácticamente cesa la fatal brecha entre las clases intelectuales y las laborales, aspiración incluso del presidente Plutarco Elías Calles, convertido con los años en adversario político del también autor de la célebre frase «*sufragio efectivo; no reelección*». Claro que otros abismos les sucederán. Así los de acceso a la información y a la veracidad de la información, según la visionaria anticipación de George Orwell en su distópica novela **1984**.

¿Cómo no ver en el teatro indio, escenificado en el corazón de las ruinas arqueológicas de los toltecas, la presencia del génoma jurídico del reconocimiento a la identidad y cultura de los pueblos originarios? Se puede observar incluso en el debate abierto acerca de si era mejor imprimir los silabarios para indígenas, o las obras de Platón, que sólo podrían ser comprendidas por la capacidad media de las audiencias.

DOS PUEBLOS, EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE

Gabriela fue feliz en México. Una agradecida por su reconocimiento y hospitalidad. Se sintió siempre honrada de haber servido al gobierno que, por su gestión de la política pública de educación, sólo podía ser comparado con la obra del argentino Domingo Faustino Sarmiento.

«He trabajado —escribió nuestra Premio Nobel— con complacencia bajo el Ministerio de un Secretario de Estado cuya capacidad, por extraña excepción en los hábitos políticos de nuestra América, está a la altura de su elevado rango, y, sobre todo, de un hombre al cual las juventudes de nuestros países empiezan a señalar como pensador de la raza, que ha sido capaz de una acción cívica, tan valiosa como su pensamiento filosófico.»

Y concluyó su párrafo de reconocimiento a quien también fuera galardonado como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Chile, diciendo:

— *«Será en mí siempre un sereno orgullo haber recibido de la mano del Licenciado señor Vasconcelos el don de una escuela en México y la ocasión de escribir para las mujeres de mi sangre en el último periodo de descanso que ha tenido mi vida».*

4

Aquí pudo escribir **Lecturas para Mujeres, destinadas a la enseñanza del lenguaje**, publicado en 1924. Abro el libro en la página 110 de su capítulo dedicado a México y la América Española.

Leo:

— *¡Extraña patria, en tu seno espléndido, a la sombra de tus montes y bajo tus cielos diáfanos, anida y se propaga la serpiente! Por eso tus águilas en lucha constante, se hunden en los valles, y las persiguen y las cazan, y muchas veces sucumben. Caen por tierra envenenadas con mordisco artero, y entonces todas las serpientes alzan sus viles cabezas vencedoras e insolentes.*

Es la letra de José Vasconcelos, escribiendo sobre la patria mexicana representada en su escudo por la lucha sin tregua y sin desenlace entre *El Águila* y *la Serpiente*. Esta lucha de América. Esta lucha incansable que libra Chile.

Puedo entonces comprender, sobrecogida, por qué la perseverancia de Vasconcelos en invitar a Gabriela. Por qué la obsesión del revolucionario en la cultura, en la educación, en las conciencias de los más postergados.

Y es que Vasconcelos ha introducido una nueva exégesis de la alegoría mexicana. Dice el filósofo:

— ¡Qué honda fue la visión del vate de la leyenda mexicana al presagiar a la Raza, imperio feliz, allí donde el águila destroza a la serpiente! Pero se equivocaron los mexicanos —observa el exiliado—, se equivocaron también los hijos de la República buscando tierra de promisión por los valles y los montes. El sitio de la leyenda ha de buscarse en las conciencias. Y sólo tendremos Patria y Raza y noble imperio sobre una hermosa zona del mundo **cuando en nuestras almas el águila destroce a la serpiente.**

México y Chile, uniendo los extremos de la bandera latinoamericana, de todas sus manos, de todas sus voces y de toda su sangre, están llamados a vencer a las serpientes del miedo, del terror y de las humillaciones.

Sé que en esta misión nos asistirá la misma convicción de otro de los nuestros. Pienso en Pablo. En Pablo Neruda.

«Ven —nos alentaba—,
no sufras,
ven conmigo,
porque aunque no lo sepas,
eso yo sí lo sé:
yo sé hacia dónde vamos,
y es ésta la palabra:
no sufras
porque ganaremos,
ganaremos nosotros,
los más sencillos,
ganaremos,
aunque tú no lo creas,
ganaremos».